

El lápiz de Esculapio

El diente paciente

Francisco M. Aguado Blanco*

—Siéntese.

¿Cómo pueden llamar sentarse a estar tumbado? Y con los zapatos puestos. Espera. Un foco al final de un brazo blanco. Son pequeños. Antes eran como de antiaéreos. Más espera. No viene nadie. Ahora sí. Acciona el grifo de una pila minúscula y coloca un vaso de plástico. De nuevo más espera. Un aparato para hacer radiografías a mi izquierda: «Precaución. Peligro de radiación con el aparato encendido.» Es una radiación selectiva, pues. Sólo si se enciende. ¡Bien! Eso me tranquiliza. Viene ya el doctor. No. La enfermera. O auxiliar. Ni sé cómo se llama ella ni su profesión. Me cuelga un babero de papel con una cadeneta al cuello. Se va. Momento ideal para salir corriendo. Dejo el babero y me voy. ¡No! Recuerda: «Yo jamás he huido de nadie», y hay que irse de la consulta como Gary Cooper: muy digno, muy duro, pero con cara de niño bueno.

Para todo hay una primera vez. Botes con nombres de anestésicos. No me pregunten cómo lo sé, pero lo sé. Una bandeja con materiales de ferretería fina: tenacillas, buriles, rascadores y perforadores. ¿O eso era para trabajar el estaño en trabajos manuales? ¿O lo que usaban en la Edad de Piedra? ¿O eso era: cuarzo, feldespato y mica? ¿O eso era el granito? ¿Han cambiado desde entonces los tiempos? ¿Están cambiando, qué bueno? ¿Me habrán salido granitos del miedo? No debí decir miedo. He de saber expresarlo, pero no decirlo. Nunca escribiré bien. ¡Pero qué digo! Si ahora no estoy escribiendo.

Tengo que pensar. Lo que he de decir, me refiero. Si no soy rápido, puede que me hagan abrir la boca sin dar tiempo a señalar el premolar correcto. No quiero que me quiten lo que no toca. No quiero que me quiten nada. Si se ha roto, que lo peguen y en paz. ¿No adelantan tanto las ciencias? —*ciencias* se parece a *encías*—, ¿no hay pegamentos con los que toda precaución es poca, y si no la tienes, puedes acabar en el quirófano para que te separen los dedos? ¿No hay pegamento para quirófanos? Aquí no viene nadie. La espera debe ser como las de las comisarías. Cuando dos llegan calientes para denunciarse mutuamente y la espera les aburre hasta tal punto que se acaban yendo del brazo al bar de enfrente. Después de más copas, cada uno a su casa, como amigos. ¿No me iría yo a esperar al bar de enfrente? No. Bebería alcohol de puro miedo y luego sería peor. Aunque en las películas, cuando no hay anestesia, emborrachan al paciente. ¿Estará el médico en el bar de enfrente? ¿Vendrá en condiciones de atinar? En algunas películas, el güisqui se lo bebe el médico. Eso de ahí debe ser para mirar radiografías. Un marco metálico con una pantalla plástica blanca. ¿Cuántos se habrán dejado los dientes en esta habitación? Ese ruido chirriante que se oye... ¿Es de limpiar o de lijar? No sé, pero me da dentera. La gente se saluda en el pasillo. ¿Debería yo conocer a alguien aquí para que me tratasen mejor? Este es el País del Conocimiento. «Aquí mi señora, aquí un conocimiento». Entran. Cogen algo. Salen. Estoy por dormirme. Unas de blanco. Otras de verde. Entran, salen. «Ahora rapidito le atienden». Atender. ¿Rapidito? ¿Diminutivo? ¿O dijo *entender*?

Llegó el doctor. Toda su obsesión era que cerrase la boca (no hablara) y abriese la boca (literal). Pero yo no renunciaba a decirle todo lo pensado durante los minutos de angustiada espera. Miró el asunto y preguntó desde cuándo me dolía. «Desde el otro día», dije de manera indefinida. «Pues lo has tenido que pasar mal, tienes la pieza partida en dos partes, una suelta, otra fija, y el nervio colgando en el centro.» Si llega a saber que esto me pasó hace un mes, me propone para la medalla al mérito dental con distintivo rojo y sin derecho a devolución. Y lo que tenía colgando no era el nervio, era el alma. Tan suspendida estaba que la veía levitar por la sala; ya andaba revoloteando junto al cartel verde con letras blancas «exit». Fue todo un éxito decir siquiera estas dos frases seguidas: «¿Es necesario quitar el trozo que se mueve?», mientras él decía «¡ya está!». Y... «¿se puede salvar al que no se mueve?», mientras me lo enseñaba coleteando en las tenacillas.

A la tercera pregunta ya se había ido, dejándome con la boca abierta (estupefacto y literal) para que la enfermera se lanzara sobre mis restos, taponando con gasa la herida, a la vez que me preguntaba cómo estaba. Un trozo de mí —eso sí, en dos partes— yacía sobre la mesa empapando de sangre fresca una servilleta de papel. ¿Cómo debería estar?

* Psicolontable. Torrent (Valencia, España). Dirección para correspondencia: yerom60@hotmail.com.